

Esther Harding

Los misterios de la mujer

Simbología de la Luna



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Nueva conciencia

LOS MISTERIOS DE LA MUJER!

Esther Harding

1.ª edición: mayo de 1987

4.ª edición: septiembre de 2022

Título original: *Woman's Mysteries*

Traducción: *Ani Fabré*

Corrección: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

Diseño de cubierta: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

© Belongs to the C. G. Jung Foundation for Analytical Psychology, Inc.

(Reservados todos los derechos)

© 1987, 2022, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-907-4

Dépósito Legal: B-12.595-2022

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE



INTRODUCCIÓN	7
PREFACIO	11
1. EL MITO Y LA MENTE MODERNA	17
2. LA LUNA COMO PORTADORA DE FERTILIDAD	37
3. LA LUNA EN LA VIDA MODERNA	47
4. PRIMITIVAS REPRESENTACIONES DE LA DIOSA LUNA ..	59
5. EL CICLO LUNAR DE LAS MUJERES	77
6. EL SENTIDO PROFUNDO DEL CICLO LUNAR	87
7. EL HOMBRE-LUNA	107
8. LA MADRE LUNA	121
9. LA DIOSA VIRGEN	141
10. SACERDOTES Y SACERDOTISAS DE LA LUNA	151
11 .EL MATRIMONIO SAGRADO	169
12. ISHTAR	181
13. ISIS Y OSIRIS	195
14. EL SACRIFICIO DEL HIJO	219
15. RENACIMIENTO E INMORTALIDAD	235
16. LA LUNA CAMBIANTE	245
17. LA INSPIRACIÓN Y EL YO	261

INTRODUCCIÓN

Por el profesor C. G. Jung

La autora de este libro, Esther Harding, es una doctora especialista en enfermedades psicológicas. Es una antigua alumna mía y sus esfuerzos se centran no sólo en la comprensión de la psique moderna, sino también en la exploración de su pasado histórico. Ocuparse del aspecto histórico puede parecer, a primera vista, un mero pasatiempo personal del médico, pero para el psicoterapeuta es, en cierto modo, una parte necesaria para su equipo mental. Interesarse en la psicología de los pueblos primitivos, con el folklore, mitología y la historia comparada de religiones nos abre los ojos a los amplios horizontes de la mente humana y además da la ayuda que tan urgentemente necesitamos para la comprensión del proceso del inconsciente. Sólo cuando vemos cómo aparecen la forma y el modo de los símbolos de los sueños, que aparentemente son únicos, en la escena histórica y étnica, podemos realmente comprender hacia dónde señalan.

También, una vez equipados con este extenso material comparativo, podemos tener éxito al comprender más de cerca este factor tan decisivo para la vida psíquica llamado arquetipo. Naturalmente, este término no pretende indicar una idea heredada, sino más bien un modo heredado de funcionamiento psíquico, correspondiendo al sentido innato según el cual el pollo sale del huevo; el pájaro construye su nido; una cierta clase de avispa agujonea el centro de la oruga; y las anguilas encuentran su camino hacia las Bermudas. En otras palabras, es un «patrón de comportamiento». Éste es el aspecto biológico del arquetipo, y pertenece a la psicología científica. Pero el cuadro cambia de pronto

cuando se mira desde el interior, esto es, dentro del campo de la psique subjetiva. Aquí el arquetipo se presenta a sí mismo como una experiencia de importancia fundamental, numinosa. Cuando quiera que se vista con símbolos adecuados, que no siempre es el caso, mantiene el individualismo de un modo alarmante, creando una condición de «estar profundamente conmovido» cuyas consecuencias pueden ser incommensurables. Por esta razón el arquetipo es tan importante para la psicología de la religión. Todas las religiones y todos los conceptos metafísicos descansan sobre fundamentos arquetípicos, y hasta donde podemos explorarlos, conseguimos obtener por lo menos una mirada superficial detrás de las escenas de la historia mundial y podemos levantar un poco el velo del misterio que esconde el significado de las ideas metafísicas. Porque la metafísica es, como era, una física o fisiología del arquetipo, y su dogma (o enseñanza) formula el conocimiento de la esencia de los dominantes, esto es, de los *leitmotives* del inconsciente, de los acontecimientos psíquicos predominantes en aquel tiempo. El arquetipo es metafísico porque trasciende la conciencia.

El libro de la doctora Harding constituye un intento de presentación de ciertos fundamentos arquetípicos de la psicología femenina. Sin embargo, para comprender el empeño de la autora, uno tiene que superar el prejuicio de que la psicología consiste meramente en lo que el Sr. Smith y la Sra. Jones saben acerca de ella. La psiquis consiste no solamente en el contenido de la conciencia, que puede deducirse de las impresiones sensoriales, sino también en las ideas que parecen descansar sobre percepciones de los sentidos peculiarmente alterados—percepciones de los sentidos que son modificados por elementos formativos existentes *a priori* e inconscientes, p.e. por los arquetipos—. Esta penetración nos lleva a la conclusión de que puede explicarse una parte de la psique a través de causas recientes, pero que otra parte retrocede hasta las capas más profundas de la historia racial.

Si hay algo cierto en lo concerniente a la naturaleza de las neurosis, es el hecho de que o están basadas sobre perturbaciones primarias de los instintos o por lo menos afectan a los instintos de un modo considerable. La historia de la evolución de la anatomía humana y de los instintos humanos retrocede hacia las épocas geológicas. Nuestro conocimiento histórico aclara tan sólo unos pocos pasos de este camino,

cuya longitud puede medirse en cientos de miles de millas. Sin embargo, incluso este pedacito es una ayuda cuando, como psicoterapeutas, tenemos que corregir un estado de perturbación de los instintos. En esta conexión son las religiones con mitos de curación las que nos enseñan más. Aun así deben ser consideradas como sistemas psicoterapéuticos que sostienen nuestra comprensión de las perturbaciones instintivas, ya que éstas no son evidentemente de fecha reciente, sino que han existido desde los tiempos más remotos. Aunque ciertos tipos de enfermedades, especialmente las de carácter infeccioso, como por ejemplo *Tiphus Antiquorum*, pueden desaparecer mientras aparecen otras nuevas, es poco probable que, por ejemplo, la tuberculosis pueda haber sido otra enfermedad hace cinco o diez mil años. Lo mismo es cierto para los procesos psíquicos. Sin embargo, en la descripción de anomalías psíquicas proporcionadas por la antigüedad, podemos reconocer formas y conexiones que nos son familiares, y cuando las fantasías están en la base de ciertas psicosis y neurosis, hallamos entonces los paralelismos más esclarecedores en la literatura clásica y antigua.

Desde hace algún tiempo se ha establecido experimentalmente que un hiperdesarrollo de lo consciente, en otras palabras una descompensación de la balanza, acarrea una compensación de la parte del inconsciente. Esta compensación se consigue por medio de una constelación y acentuamiento de un material que frecuentemente es complementario y que asume las formas de arquetipos de expresión hasta conseguir la *fonction du réel*, p.e. que la relación correcta con el entorno del mundo sea perturbada. Cuando, por ejemplo, una mujer desarrolla una orientación demasiado masculina –algo que puede fácilmente suceder debido a la emancipación de las mujeres en nuestros días– el inconsciente compensa esta relativa subjetividad por un sintomático aumento de ciertas tendencias femeninas. Este proceso de compensación tiene lugar dentro de la esfera personal mientras los intereses vitales de la personalidad no hayan sido dañados. Cuando, sin embargo, tienen lugar perturbaciones más profundas, como, por ejemplo, cuando ha habido pérdida de contacto con la pareja masculina, debido a la compulsión de tener siempre razón, las figuras arquetípicas aparecen en la escena íntima. Estas dificultades son bastante frecuentes y cuando han llegado a un grado patológico sólo pueden ser curadas por métodos

psicoterapéuticos. Sin embargo, la psicología analítica se ha esforzado durante mucho tiempo para adquirir el más amplio conocimiento de los conceptos arquetípicos y las conexiones inspiradas por el inconsciente, para poder comprender la naturaleza de la compensación arquetípica en cada caso.

Además de su trabajo profesional, la doctora Harding se ha dedicado a la considerable e incluso sacrificada labor de recopilar clara y sistemáticamente el material arquetípico de la compensación femenina aportando a estos estudios un trabajo que será muy bien recibido. Esta investigación es valiosa e importante no sólo para el especialista, sino también para el culto laico que está interesado en una psicología fundada en la experiencia de la vida y la comprensión de la gente. Nuestra época, que está caracterizada por una excepcional desorientación filosófica en relación con los conceptos básicos de la vida, necesita por encima de todo una gran cantidad de perspicacia psicológica para dar una nueva definición al *ens humanum*.

C. G. Jung
Küsnacht - Zúrich

PREFACIO

El simbolismo de la Luna es un tema fascinante para la investigación, llevándonos hacia muchos campos insospechados, ricos en significado para la vida espiritual de nuestra época. En el presente volumen solamente han sido seleccionados algunos rasgos sobresalientes a fin de poner de relieve el significado de la iniciación a Eros, que en el pasado representó una fase esencial del desarrollo, pero que ha sido prácticamente olvidada en nuestros días.

Vivimos una época de ejecutivos y científicos, y nuestros jefes son escogidos en estas filas. Se presta poca atención al logro de un desarrollo interior en el campo emocional. Sin embargo, se da por supuesto que las emociones del individuo son lo que son y que no están sujetas a desarrollo, ni ciertamente a educación.

Pero ser infantilmente inmaduro en las propias relaciones implica que uno tiene una personalidad no desarrollada con la cual choca con todas las complicaciones que caracterizan los problemas del mundo. Nuestras dificultades modernas, tanto sociales, políticas como económicas son, en un último análisis, problemas humanos. Cualquier discusión fundamental sobre estos temas revela siempre la misma dificultad básica: «Si los seres humanos fueran diferentes» –honestos, más conscientes de los efectos de sus actos, si confiaran más los unos en los otros, si estuviesen convencidos de que los otros son dignos de confianza y también ellos mismos, si nadie intentase salir adelante empujando a otros–, entonces de buena gana podríamos gestionar los bienes materiales y su distribución, que forman la cuestión principal de la controversia social, económica e internacional. Pero los seres humanos son interesados y egocéntricos. Su amor y consideración son superficiales y de poca confianza, y penosamente estrechos en su escala de valores.

Siendo gente mentalmente práctica, aceptamos estas características de la naturaleza humana como inevitables. Sólo el soñador y la persona poco práctica hablan de utopía, donde todo el mundo será honesto y amará al prójimo como a sí mismo. Es verdad, nunca se cambiará la naturaleza humana en una noche o en masa. Tenemos que tratar con el mundo tal como es, pero esto no significa que no se pueda hacer nada a propósito de la inmadurez emocional que está debajo de muchas de nuestras dificultades.

El desarrollo emocional no puede conseguirse pensando en las emociones ni por un sistema educativo aplicado racionalmente. La mente se desarrolla haciendo pensar al estudiante, y el cuerpo, haciendo ejercicio. Estos razonamientos, aunque ciertos en un sentido, son totalmente falsos en otro. Porque nadie puede hacer que un estudiante piense o se ejercite por sí mismo. El desarrollo resulta solamente cuando el estudiante aplica de forma voluntaria su mente a los problemas que le presentan o disciplina su cuerpo para superar las dificultades de sus ejercicios. Del mismo modo, caminos no prescritos de ejercicios emocionales pueden producir desarrollo emocional.

Las antiguas religiones de la diosa Luna representan la educación de la vida emocional teniendo lugar, no a través del estudio, ni siquiera como el resultado de un sistema de disciplina, aunque ambas cosas están implicadas, sino a través de una iniciación. La interpretación de los misterios de la Luna sugerida en los siguientes capítulos enlaza los problemas de nuestra vida moderna con los de la gente de la antigüedad. El mundo se volvía a veces estéril y se quedaba desierto, no por la guerra o la peste, sino porque algún espíritu fertilizante esencial había sido retirado.

Todo se volvía seco, polvoriento y estéril. Si había comida, no servía para alimentarse; nosotros también hemos averiguado que un exceso de productos agrícolas en un sitio no alimenta a los hambrientos en otro. Si había energía, no capacitaba a un hombre para mantener a su familia a construir una vida de dignidad y cultura para sí mismo; hoy en día existe una situación similar, ya que prometedores hombres y mujeres jóvenes entran en un mundo que permanece bajo la amenaza del aniquilamiento; sus dotes y grandes esperanzas pueden muy bien ser condenadas a marchitarse sin uso. Pero mientras nos aferramos,

más bien desesperadamente, a la esperanza de que las cosas se arreglarán, nuevas leyes de los hombres pueden superar estas trágicas discrepancias; mientras los cínicos nos recuerden que la guerra es la única ocupación que nunca está sobreabastecida de jóvenes y fuertes, los antiguos decían en lenguaje simbólico que la diosa Luna, diosa del amor y la fertilidad, estaba ausente en la Tierra de No-Retorno, y nuestros poetas modernos expresan débilmente la misma idea.

Quizás si se dirigiera mayor atención a reinstaurar a la diosa en la vida individual, a través de experiencias psicológicas, el equivalente moderno a la iniciación de la diosa Luna, podría abrirse ante nosotros una salida a este callejón.

Dudamos al dogmatizar en estos temas. El ser humano es tan ciego y sólo puede ver lo que tiene delante de sus ojos, pero la sabiduría de los tiempos, representada en forma de mitos y símbolos religiosos, posee sin duda una visión más amplia, una esfera mayor, que la de cualquier individuo. Si podemos entender bien su enseñanza, puede ser tomada en cierto modo como guía en el sentido de poste indicador, que señale el camino para nosotros como hizo para nuestros antepasados.

Presento estas ideas sobre el significado de las antiguas iniciaciones lunares sin dogmatizar de ningún modo. No pueden ser probadas por ningún argumento racional.

Pero la confirmación de la interpretación es asequible para los que practican psicología analítica y para los que han sido analizados por el método que el Dr. Jung ha desarrollado. Siempre que tal análisis consiga un cierto nivel, el desarrollo psicológico que aparece en la exploración del inconsciente conduce a través de experiencias similares a las iniciaciones que vamos a discutir. A menudo los símbolos que surgen en los sueños y fantasías son sorprendentemente parecidos a los de los viejos misterios religiosos, y el resultado en el desarrollo psicológico es para el individuo parecido al cambio que se decía que producía la iniciación.

Naturalmente ésta es una evidencia que no puede ser valorada excepto a través de la experiencia actual, porque cuando simplemente es relatada, resulta siempre poco convincente. Sin embargo, cuando se encuentra no sólo ocasional sino repetidamente, forma una poderosa corroboración para las interpretaciones bosquejadas en los próximos

capítulos, los cuales señalan una senda utilizable aunque demasiado desarrollada e irreconocible.

Ofrezco estas reflexiones de una psicóloga con la esperanza de que podrán justificar la invitación a un camino a través de la oscuridad, guiando al viajero cuando le falte el conocimiento consciente de su meta.

He escrito este libro como discípulo del profesor C.G. Jung, de Zúrich. Su enseñanza lo impregna desde el principio al fin, porque debemos a su genio la habilidad de comprender el sentido constructivo de los efectos del inconsciente. Si estos mismos símbolos y rituales han sido interpretados reductivamente, como por ejemplo por el método freudiano, se hubiesen hallado puntos interesantes con relación a su constitución, pero el sentido completo de la iniciación hubiese escapado a la observación. Porque fue el Dr. Jung el primero en descubrir la llave para estos tesoros ocultos del inconsciente y, utilizando esta llave para abrir un nuevo depósito del tesoro del mundo, quiero reafirmar mi fidelidad a su método y mi aprecio personal por su regalo a los seres humanos.

También quiero expresar mi agradecimiento a los trabajadores en otro campo. El psicólogo depende del antropólogo cuando necesita discutir efectos generales de las actividades físicas del hombre. Recopilando los datos antropológicos para este libro, estoy en deuda primero y sobre todo con el Sr. Robert Briffault por su monumental trabajo *Las madres. The Golden Bough*, de Frazer, y la *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, de Hasting, han sido también inestimables y quiero expresar mi agradecimiento a sus autores y a muchas otras autoridades a las que he consultado.

Quiero expresar, además, mi agradecimiento a los siguientes editores que muy amablemente me han permitido citar su material: The Abingdon Press, Nueva York; The American Numismatic Society, Nueva York; The Cambridge University Press; The Clarendon Press, Oxford; The Constable Company, Londres; The D. Appleton-Century Company, Nueva York; Faber and Faber, Londres; George Allen and Unwin, Ltd. Londres; Hartcourt, Brace and Company, Nueva York; Jonathan Cape, Londres; John Watkins, Londres; The Journal of the Polynesian Society, New Plymouth, Nueva Zelanda; Luzac and

Company, Londres; The Macmillan Company, Londres y Nueva York; The Methuen Company, Londres; Putnam's Sons, Nueva York; y el profesor T.S. Eliot y sir E.A. Wallis Budge por el permiso de citar su material.

Debo expresar también mi agradecimiento al Dr. Edward Whitmont por su traducción de la introducción del Dr. Jung.



La diosa Hécate. Esta triple figura de Hécate es muy común. A veces se muestra con la Luna creciente detrás de una cabeza. Aquí cada figura sostiene una antorcha, las de los lados representan la Luna creciente y la menguante, mientras que la figura central sostiene dos antorchas que representan la luz de la Luna llena.

1



EL MITO Y LA MENTE MODERNA

No hace muchos años, el título de este capítulo hubiera provocado una sonrisa, porque aunque los mitos puedan ser estudiados como una parte del extraño mundo de los primitivos, no pueden tener cabida en relación con la mente del hombre moderno. Durante el siglo XIX y la primera parte del XX, cuando el pensamiento más avanzado se interesaba en explorar el mundo externo y la atención se dirigía casi exclusivamente al campo objetivo, todos los factores subjetivos eran considerados solamente como un obstáculo en la búsqueda de la verdad. Los científicos, salvo algunas excepciones, sólo prestaban atención a su psique interior si estaban seguros de que podían excluirla de sus observaciones. Diferenciaban la ciencia de la imaginación y las observaciones de las conjeturas subjetivas. De este modo, la química evolucionó a partir de la alquimia, la astronomía de la astrología, y la geografía de los confusos dibujos de mapas simbólicos que crearon una especie de pregeografía. El geólogo, con sus exactos instrumentos de medición, reemplaza al zahorí, con su vara de avellano; el médico, con su laboratorio de pruebas, reemplaza no sólo al hombre-medicina, sino al viejo médico de la familia, cuya habilidad descansaba más en su curioso sexto sentido que en su conocimiento exacto.

Ocasionalmente el que busca la verdad objetiva tiene que admitir, sin embargo, que las conjeturas de los siglos anteriores se acercan de forma extraordinaria a la verdad. Cuando esto sucede, por lo general le quita importancia como si se tratara de una mera coincidencia, sin

sospechar nunca que la conjetura subjetiva puede tener significado en un campo diferente al que está considerando.

Hoy, sin embargo, empezamos a darnos cuenta de que estas cosas pueden ser vistas de otro modo. Es como si las impresiones del mundo, que se amontonan sobre el consciente humano, fuesen una matriz, un mineral, del que el hombre ha extraído gradualmente su conocimiento organizado. La ciencia objetiva es como un extracto de ello. Todos aquellos factores que no contribuyen directamente al conocimiento objetivo y que fueron excluidos por la actitud de los científicos antiguos forman un residuo, descartado en los últimos ciento cincuenta años, siendo considerados como una escoria. Pero otro proceso de destilación acaba de iniciarse por un nuevo tipo de científicos cuyo interés no se limita al mundo material. De la «escoria» descartada por el último siglo, estos trabajadores están buscando tesoros de otro tipo. Su búsqueda es también la de la verdad, pero ahora su definición de la misma incluye lo subjetivo, lo inmaterial.

Las extrañas ideas de alquimia y astrología, las supersticiones de la vara de avellano o el filtro mágico, así como la «ecuación personal» que obsesiona al observador más riguroso, todas ellas necesitan explicación.

Los psicólogos se preguntan de dónde surgen las supersticiones. Difícilmente pueden explicarse por generación espontánea, y los físicos afirman que no forman parte del material objetivo. Los mitos astrológicos, por ejemplo, no tienen nada que ver con el Sol, la Luna, y las estrellas como objetos físicos. Aun así estos mitos son universales entre la gente primitiva y los antiguos. Incluso persisten entre nosotros, pero aquí ya no se muestran como supersticiones o mitos, sino más bien como estados interiores o actitudes mentales que pueden observarse en inexplicables cambios de sentimientos o humor que no pueden ser juzgados por la situación exterior, pero que a menudo están conectados, no obstante, con el estado del tiempo o con alguna otra «variable» externa, como si hubiese una relación directa de causa y efecto entre ambos. Mientras que si volvemos al origen del consciente, nos encontramos con estas ideas, iguales a las de los mitos primitivos, que son la base de sentimientos y humores del hombre moderno. En sus reflexiones y sueños, en su poesía y fantasías, estos antiguos sentimientos-pensados mantienen un poder incuestionable. ¿Quién

no se ha sentido alguna vez profundamente afectado por la vista de la Luna llena elevándose sobre el mar? Afectado, es decir, de un modo que no puede ser explicado simplemente por líneas estéticas. Aunque incluso si su emoción fuese debida simplemente a una combinación estética de luz y sombra, el argumento aún permanecería. Porque hay algo más en tal experiencia que el mero hecho objetivo material; hay también una experiencia subjetiva que en la vida de un hombre es quizás más importante y más poderosa que el conocimiento científico de la naturaleza de la luz de la Luna. Porque el ser humano sensible, con miles de años de evolución detrás de él, puede ser afectado por la escena de modo que débiles recuerdos de noches antiguas despierten en él, capacitándolo, quizás, para actuar con una emoción que trascienda su pequeño mundo cotidiano. El resultado puede ser un poema que no hubiese concebido a la luz del día o a veces dándole valor para entregarse a un medio-gestado amor cuya aceptación puede cambiar todo el curso de su vida.

Este aspecto interior o subjetivo de la experiencia no es ninguna tontería ni solamente superstición. La ciencia material, es cierto, lo ha despreciado, pero sigue siendo un poderoso factor en la vida humana. Realmente, el elemento descartado contiene este factor subjetivo o psíquico que constituye el espíritu. El científico del siglo XIX, escéptico o agnóstico, negaba la existencia del espíritu. No deja de ser sorprendente, como hemos visto, constatar cómo eliminaba como ajenas todas las evidencias de su presencia. Pero los hombres en un estado de cultura más ingenuo no hacían tal distinción entre «hecho» objetivo y «superstición» subjetiva. Percibían el factor subjetivo o psíquico como si fuese una parte del objeto. No realizaban que estos hechos añadidos formaban parte del observador, realmente no había diferencia entre objetivo y subjetivo. Las cualidades que el objeto posee *per se*, y aquellas que se suponen existir en relación de su efecto en el observador, no se diferenciaban. El elemento subjetivo era *proyectado* dentro del objeto.

Un ejemplo puede dejar más clara esta diferencia. Si un hombre es daltónico y confunde un trozo de tela roja con un trozo verde, no decimos que sea una tontería, juzgamos en cambio sus poderes de percepción, esto es, que sufre ceguera de los colores rojo-verde. Lo que ve en el mundo exterior le da información acerca del mismo, lo cual es co-

recto aunque su observación del objeto sea falsa en relación a la gente con vista normal. Pero también deberíamos comprender que esta observación da información sobre aquella gente que ve el rojo diferente al verde. Si la gente daltónica fueran mayoría, el mundo sería al revés y la habilidad de diferenciar el rojo del verde se consideraría una anomalía, la cual sería tomada en cambio como un test subjetivo y no objetivo. Es nuestra inconsciencia la que nos hace decir «pero la tela es roja», es decir, nuestra superstición.

H. G. Wells tomó este problema como tema de *El país de los ciegos*, en el cual describe un país donde la limitación general, en este caso la ceguera, se toma como base de la moralidad. Allí el mayor de los crímenes era ver. La vista era tratada como el más estricto y terrible tabú. Saber lo que otros *no* sabían era impío, un crimen del más profundo tono. Esta historia tiene un especial significado al principio de este libro que intenta rasgar el velo que hasta hace muy poco protegió lo relacionado con el inconsciente del sujeto, con el más apasionado fanatismo de toda investigación.

Investigando cualquier superstición, se encuentran siempre dos factores similares: uno en el objeto; en el ejemplo antes mencionado es el factor rojo, relacionado con el poder del objeto de reflejar ciertas ondas de luz; otro en el sujeto, en este caso la capacidad de la retina de responder de un modo especial a las ondas de una cierta longitud de onda y no responder de este mismo modo a cualquier otra longitud de onda. El observador ingenuo naturalmente no se da cuenta de estos dos factores. Da por seguras sus capacidades personales y subjetivas, y en vez de comprobarlas, dota al objeto con cualidades que son sólo en parte objetivas, esto es, crea una superstición acerca del objeto que surge de una confusión entre lo objetivo y lo subjetivo. Éste es el resultado inevitable cada vez que el factor subjetivo es reconocido inadecuadamente; porque el elemento subjetivo no realizado es proyectado hacia el objeto e interpretado por el observador como un hecho externo.

Por ejemplo, los astrólogos y alquimistas realizaban las más cuidadosas observaciones del mundo exterior, pero interpretaban sus hallazgos sin distinguir el factor subjetivo que proviene del inconsciente y que contiene justo la parte de la psique del hombre de la cual no tiene consciencia.

Del mismo modo, también fallamos al tener en cuenta nuestras peculiaridades y características psicológicas. Normalmente las ignoramos completamente, somos incluso inconscientes de que existen. Pero si nos llega un débil atisbo de nuestras lagunas psicológicas, vamos hacia un conocimiento más pleno. Porque como en el *País de los ciegos* de Wells, es tabú ver más que otra gente. Estos factores subjetivos, sin embargo, son poderosas entidades psíquicas que pertenecen a la totalidad de nuestro ser y no pueden ser destruidas. Podemos ignorarlas, reprimirlas, pero continúan existiendo. Mientras sean desterradas de nuestra vida consciente, se interpondrán entre nosotros y todos los objetos que veamos, y todo nuestro mundo será distorsionado o iluminado por añadir el factor subjetivo. Así el objeto es alterado de modo que lo que percibimos nunca es realmente el objeto mismo, sino siempre nuestra visión del objeto. El método científico trata con este dilema eliminando los factores subjetivos y psicológicos lo más lejos posible y entonces relacionándose con el dato objetivo o relativamente objetivo que permanece.

Tal proceso excluye el elemento humano y tiene necesariamente por resultado una concepción mecanicista de la vida. Realmente produce la era industrial donde el valor se mide ampliamente según la energía física disponible. No obstante, si esto es así, resulta extraño recordar cuán satisfechos estaban nuestros antepasados con esta visión mecanicista de la vida, ya que en la generación actual nosotros estamos cada vez menos contentos con ella. Aquellos hombres del siglo XIX manifestaban un entusiasmo tal por la ciencia, por la verdad objetiva o positiva, que parecía religioso dada su intensidad. A pesar de sus propias teorías, no había nada mecanicista en ellos. Su inquietud por la verdad científica era como una nueva fe. La explicación de todo esto reside en el hecho de que durante la fase de la expansión mecanicista, su espíritu vivo estaba ocupado discurriendo más y más métodos ingeniosos para conquistar campos más amplios, donde pudiera proyectarse su ingenuidad científica. En otras palabras, la empresa por la que realmente se preocupaban era la expansión de sus propios poderes y el aumento del control consciente del mundo objetivo. Su aspiración, desconocida para ellos, era psicológica. Aunque no se diesen cuenta realmente, se preocupaban por el factor subjetivo. Porque aquello que creían haber

eliminado tan cuidadosamente había escapado a su observación, y de nuevo motivaba su entusiasmo.

Nuestra insatisfacción ha aumentado con los problemas mundiales de los últimos años, durante los cuales se ha puesto más y más en evidencia que la felicidad y la plenitud de vida no se encuentran a través de la producción masiva y el descubrimiento de nuevas fuentes de suministro de energía. Esta insatisfacción se refleja no sólo en forma de ansiedad general, sino también en neurosis e infelicidad, y en un sentido de frustración, una carencia de entusiasmo real. En particular, estamos insatisfechos con el carácter y calidad de nuestras relaciones humanas. Nuestros padres eran o más capaces que nosotros de unas relaciones satisfactorias, o menos sensibles a la *desarmonía* y el aburrimiento. Cualquiera que sea la razón, no hay duda acerca del papel que juegan en el descontento por la vida de mucha gente que sufre la infelicidad y la neurosis, que proceden de relaciones humanas insatisfactorias. La vida de hoy es vacía y estéril, y buscamos una renovación, tanto si queremos o no, de la fuente del despertar espiritual que permanece en lo interior. Porque nuestra ciencia ha demostrado ser extrañamente impotente ante la amenaza de un derrumbamiento de nuestra cultura.

Para ganar un nuevo punto de ventaja desde el cual una filosofía fresca del mundo pueda, quizás, construirse, son necesarios contactos renovados con los niveles más profundos de la naturaleza humana, de modo que una relación realmente vital pueda establecerse con las leyes y principios que activan a la humanidad. Solamente a través de tal experiencia renovadora, podemos esperar ser capaces de salvar el abismo que se ha abierto ante nuestra «civilización» occidental.

En el pasado, cuando un derrumbamiento de la moral y de la economía —de la filosofía mundial— confrontaba una civilización, parecía que no se podía hacer otra cosa que reforzar los ideales en los que estaba construida esta cultura, tanto si eran materialistas o espirituales. Pero en la mayoría de los casos, la recuperación era imposible, estos ideales habían llevado la civilización a una encrucijada más allá de la cual cualquier expansión resultaba imposible y la cultura se derrumbaba. Surgieron los bárbaros. Las edades oscuras subsistieron hasta que a través de los siglos sucesivos se desarrolló una nueva cultura, pero no de los restos de la antigua, sino elevándose espontáneamente del nuevo

abono, de la gente inferior que invadió y destruyó a sus civilizados y cultos antecesores.

Algunos creen que este destino está próximo a alcanzar a nuestra civilización occidental y que aquellas cosas que nosotros y nuestros antepasados hemos construido están a punto de ser destruidas, mientras nuestros valores van al traste, reemplazados por otros que no nos son válidos pero representan a aquellos poderes e impulsos que hemos reprimido y negado enérgicamente.

Quizás éste sea el destino que nos está reservado. Pero tal vez sea posible otra solución al problema. El muy desarrollado siempre es reemplazado por el subdesarrollado, el civilizado por el bárbaro. Tal es el curso inevitable de la historia. Hoy, sin embargo, ha entrado en juego un nuevo factor. A través del estudio del inconsciente, hemos encontrado un camino para reconciliarnos con los bárbaros en nuestro interior. El drama mundial puede tener lugar y, frecuentemente, mascarse en el interior del individuo. El poder y prestigio «abstraídos» de las partes más desarrolladas de la psique se aplican a las partes inferiores para que puedan ser educadas, elevadas de su posición de barbarismo y degradación. Por este proceso, el individuo puede pasar de una actitud exclusivamente intelectual y racional a otra donde las fuerzas latentes del inconsciente sean debidamente reconocidas y por tanto ya no estén en completa oposición con la actitud consciente. Si esta pacífica revolución en el interior del individuo pudiese llevarse a cabo en un número suficiente de gente, ¿no significaría que una renovación de la vida, incluso en todo el mundo occidental, tendría lugar sin necesidad de pasar por una fase de destrucción y barbarismo? Porque la revolución sucedería *dentro* de los individuos; sería un acontecimiento psicológico y haría innecesario derribar una civilización parcial por parte de aquellas que representan los elementos excluidos.

Por esta razón es esencial que estudiemos el inconsciente para reconstruir nuestras actitudes de acuerdo con las fuerzas arrinconadas que todavía se manifiestan. El principal de estos valores olvidados es el factor subjetivo, que es eliminado deliberadamente en la tentativa de diferenciar el objeto como algo por sí mismo.

El descuido del aspecto interior o subjetivo de la vida ha conducido, en particular a las mujeres, a una cierta falsificación de sus valores vita-

les. Por ejemplo, según el criterio convencional del pasado, la mujer tenía que desempeñar un papel principal, el de esposa y madre. Tenía éxito si se casaba bien; si su matrimonio fallaba, con toda seguridad se la consideraba una fracasada. Incluso el éxito o la derrota de toda su vida podía ser medido según el criterio general del mundo, por esta norma externa, únicamente objetiva. E, incluso, estando casada, el éxito o fracaso de su matrimonio también era juzgado por normas puramente externas. Si aparecía cualquier dificultad en las relaciones con su marido, su tendencia era, y a menudo aún lo es, buscar un remedio exterior. Es frecuente, por ejemplo, oír que una mujer ha intentado arreglar una desavenencia emotiva con su marido haciendo un viaje o redecorando su casa. El lado subjetivo del problema es, en tales casos, desestimado y sólo se permite su desahogo en caprichos, malos humores o en alteraciones neuróticas.

En los hogares donde se ignoran las reglas normales externas y la parte subjetiva de la vida, estas manifestaciones neuróticas no se tienen en cuenta seriamente. En su mayoría se consideran como el resultado de temperamentos meramente emotivos, nerviosos o débiles. En tiempos más recientes, la mujer con problemas de este tipo, quizás un niño mal adaptado, aprendería algo de psicología moderna y educación infantil e intentaría aplicar lo que ha aprendido, objetivamente, para conseguir mediante una técnica exterior lo que se realizaría naturalmente si ella supiese cómo aplicar sus propios sentimientos y reacciones femeninas ante la situación. Pero mientras su propia vida subjetiva sea desatendida, este efecto natural de su ser es anulado y no le queda otro recurso que una técnica mecánica que, en el mejor de los casos, no es sino un pobre sustituto de la vida real.

Hoy en día, el éxito o fracaso de la vida de la mujer ya no se juzga únicamente por el criterio de su matrimonio. Su adaptación a la vida puede realizarse ahora por varios caminos, cada uno de los cuales ofrece alguna oportunidad para resolver problemas de trabajo, relaciones sociales y sus necesidades emotivas. Sin embargo, si para ganar disciplina y desarrollo en todas las facetas de su personalidad busca un ajuste en la vida que no sea parcial sino con tantas facetas como tiene la naturaleza, entonces su tarea resulta más compleja. Porque mientras sus movimientos, que requieren un campo de actividades en el mundo

objetivo exterior, son aceptados por ella y los demás como legítimos, otros anhelos, que también tienen su origen en lo más profundo de su ser y que buscan una realización espiritual y subjetiva, son generalmente incomprendidos. La manifestación de estas necesidades es frecuentemente considerada como simples caprichos, antojos, emotividad, superstición, etc...

Sin embargo, en muchos casos, estos problemas subjetivos se han vuelto tan apremiantes que el factor psicológico que los viejos científicos eliminaban es ahora observado y analizado con afán. De nuevo una vez más la piedra que los constructores rechazaban se convierte en la piedra angular. Porque cada ser humano no sólo tiene impulsos e instintos que necesitan vivir una vida colectiva en un grupo social para su satisfacción, sino también otros instintos e impulsos que le incitan a encontrarse a sí mismo como individuo único. Todos tenemos una naturaleza que busca amor y relaciones y también es innata en cada individuo la necesidad de luchar por la verdad impersonal. Estas tendencias opuestas son la expresión de la dualidad de la naturaleza humana al mismo tiempo que es objetiva y subjetiva. Esta oposición se encuentra en todos los seres humanos llevándolos inevitablemente al conflicto. Éste es tanto más grave en el mundo occidental de hoy en cuanto se refiere más duramente a las mujeres, porque la civilización occidental pone especial énfasis en los valores exteriores, los cuales encajan mejor con la naturaleza del hombre que con la de la mujer. El espíritu femenino es más subjetivo, está más relacionado con los sentimientos y amistades que con las leyes y principios del mundo exterior. Y ésta es la causa de que el conflicto entre lo exterior y lo interior sea más devastador para la mujer.

Hay otra razón por la que este problema es especialmente urgente para las mujeres de hoy. Se refiere al reciente desarrollo de la parte masculina de la mujer que ha sido tan relevante en estos últimos años.¹ Este desarrollo masculino está definitivamente relacionado con su vida en el mundo de los negocios; en la mayoría de los casos, incluso se considera un prerrequisito para ganarse la vida, practicar una profesión o llevar

1. Para una total discusión sobre este tema, ver *The Way of All Women*, de M.E. Harding (Nueva York, Longmans Green & Co., 1993).

un comercio. El cambio de carácter que acompaña esta evolución no se detiene en la parte profesional de la vida de una mujer, sino que afecta a toda su personalidad y ha causado profundos cambios en sus relaciones consigo misma y con los demás.

Mientras la parte masculina de la naturaleza femenina estaba sin desarrollar e inconsciente, como ocurría en el pasado, dormía irreconocida o funcionaba de un modo puramente instintivo. El reciente despertar de la mujer de su apatía ha sacado a relucir los poderes latentes que, naturalmente, ella está dispuesta a desarrollar en la vida y aplicarlos para su propia satisfacción y ventaja, así como para aumentar su aportación a la vida de grupo. Este paso hacia delante en el desarrollo consciente no se hace sin dificultades e inconvenientes. La mujer se ha apartado del antiguo camino, bien establecido, de la conducta femenina y su adaptación psicológica. Hoy en día se encuentra acosada por problemas que ni ella ni las mujeres pioneras que iniciaron el movimiento para la emancipación de la mujer preveían. Estos cambios han producido en la mujer un conflicto interior ineludible entre la urgencia de expresarse en el trabajo como un hombre y la necesidad interior de vivir de acuerdo con su propia naturaleza femenina antigua. Este conflicto parece condicionar toda la experiencia de la vida para aquellas mujeres modernas que son capaces de verse a sí mismas como individuos conscientes. Una vida parcial no es suficiente para ellas, el conflicto en su interior entre las tendencias opuestas de masculino y femenino tiene que ser afrontado. No pueden recuperar los valores femeninos por el viejo camino instintivo e inconsciente. Adquiriendo un nuevo grado de consciencia, han cortado con el fácil camino de la naturaleza. Si deben tomar contacto con su parte femenina perdida, ha de ser a través del duro camino de la adaptación consciente.

Los problemas de adaptación, producidos por la recientemente adquirida conciencia de dualidad en la mujer, tienen que ser tratados necesariamente dentro del aspecto *moderno*. Así, la necesidad de la reconciliación de estas dos partes de la naturaleza de la mujer es un antiguo problema, sólo que su aplicación a la vida práctica nos sorprende como señal moderna. No tenemos más que mirar bajo la superficie de la vida moderna para encontrar el mismo problema en un nivel más profundo. Aquí no se trata de cómo una mujer puede adaptarse al

mundo del trabajo y del amor, de modo que pueda sopesar ambos lados de su naturaleza, sino más bien es cuestión de cómo puede adaptarse a los principios masculino y femenino que guían su ser desde el interior. Tenemos que volver al material subjetivo descartado que para los objetivos científicos del siglo XIX era solamente superstición y capricho.

En estos términos, el problema no es únicamente del siglo XX. Es algo que ha concernido a las mujeres desde los tiempos más remotos. No quiero decir, sin embargo, que las mujeres del pasado estuviesen conscientemente preocupadas por este problema como una pregunta intelectual; este tipo de conciencia psicológica es quizás un fenómeno de hoy en día. Para aquellos que estaban, o aún están, menos adelantados en el desarrollo psicológico, esta interrogación no es necesaria en absoluto. Sólo para «modernos» avanzados se ha vuelto una necesidad vital interrogarlo todo e intentar comprenderlo. No obstante, este problema ha dominado gran parte del pensamiento y la actividad interior de hombres y mujeres a través de los tiempos, según se deduce de la cantidad de mitos y leyendas que tratan de este tema. Porque la experiencia de la vida que los siglos aportaron a los hombres antiguos se consolidaba en usos y costumbres que formaban y aún forman las bases de la conducta externa. Otro tipo de sabiduría comunicado por esta misma experiencia era encarnado por el discernimiento intuitivo de la raza en forma de mitos y religiones, especialmente en misterios y rituales religiosos, que no formaban un conocimiento intelectual mantenido por el consciente o la opinión, sino que esbozaban un sentido inconsciente de «cómo son las cosas».

Los mitos y rituales de las antiguas religiones representan la proyección ingenua de las realidades psicológicas. No están distorsionados por la racionalización, ya que en las materias que tratan con el ámbito espiritual, es decir, el ámbito psicológico, la gente primitiva y de la antigüedad no *pensaban*; *percibían* por un sentido interno o intuitivo como aún hacemos hoy en día. De este modo, estos productos del inconsciente contienen un material psicológico que no ha sido censurado y que nos puede proporcionar un gran conocimiento de una realidad interior que está en la base de la vida de grupo, que de otro modo sería inaccesible para nosotros.

Jung ha señalado que los mitos y rituales representaban la fantasía del grupo y que ello puede ser interpretado psicológicamente por un método similar al que se emplea para estudiar los productos inconscientes de los individuos, hombres y mujeres, cuando producen información relativa a las realidades ocultas en las que está fundada la vida del grupo. Por lo tanto, por el análisis de los sueños y fantasías de un individuo, podemos descubrir qué actitudes psicológicas son realmente la base de su fachada consciente, cuáles son sus motivos auténticos, cuál es la verdadera naturaleza de sus relaciones. Esta realidad puede no corresponder en absoluto con la idea que él mismo sostiene sobre su estado interior. Su ego consciente puede tergiversar los hechos y engañarlo con deseos e instintos para su propia preservación y estima. Pero en el inconsciente, la verdad no puede ser disfrazada de este modo. El inconsciente sólo puede *reflejar* los hechos actuales y, por lo tanto, no puede mentir. Por esta razón, un sueño o fantasía pueden contar más al experto acerca del verdadero carácter de un hombre que nada de lo que él pueda contar. Sus sueños y fantasías muestran sin parcialidad su relación con su problema personal. En ciertos casos muestran mucho más que esto porque en tanto que es un niño de su edad y cultura, su «problema personal» puede no ser más que una versión individual de uno general o colectivo. Es así hasta el punto de que su material inconsciente mostrará la relación de las fuerzas y tendencias psicológicas de un modo general, que podrían aplicarse a mucha gente que se encuentra en el mismo caso. Pero tratando con sueños y fantasías, hemos de tener siempre presente que estamos estudiando a un solo individuo cuyas circunstancias personales colorearán la presentación de lo que puede ser un problema general o colectivo; por lo tanto, podemos decir sin dudas que el sueño o fantasía de un individuo muestra *cómo son las cosas* de un modo general, pero únicamente en este caso particular.

Los mitos y rituales, sin embargo, representan el proceso inconsciente de toda una tribu o raza. Han sido adaptados a las necesidades comunes de incontables generaciones por un proceso de «convencionalización» a través del cual han sido eliminados los elementos personales.

Los temas generales, que son comunes a todos los individuos del grupo, permanecen. El hecho de que mitos y rituales equivalentes sean sorprendentemente parecidos, incluso en el detalle, en culturas muy

distantes, indica que representan temas psicológicos generales que son verdades de la humanidad en todas partes. Y realmente los sueños y fantasías de la gente moderna muestran a veces un carácter generalizado semejante al de los mitos antiguos y primitivos. Este parecido entre el sueño y algún mito antiguo puede darse en casos en que no se conoce la existencia de dicho mito, de modo que el sueño no puede ser explicado como «prestado». Es una creación espontánea del inconsciente. Jung elaboró esta teoría por primera vez en su *Psicología del inconsciente*² y desde entonces ha añadido mucho a este primer intento de comprender el problema personal de un individuo por medio de las imágenes colectivas en sus sueños. Pero ha hecho algo más, ya que muestra cómo estas imágenes colectivas se dan en personas cuyo problema personal depende de una inadaptación colectiva.

La experiencia práctica del inconsciente de mucha gente de diferentes clases enseña que los sueños y fantasías tienden a tener este carácter generalizado o mítico en dos clases de individuos. Primero, aquella gente cuya vida personal nunca ha emergido completamente de sus principios inconscientes o están abrumados por material colectivo que surge de las profundidades del inconsciente; y segundo, el carácter mítico puede también mostrarse en los sueños de otro tipo de gente: aquellos cuyos problemas personales ya han sido ampliamente tratados, bien por la experiencia de la vida misma o a través del análisis. Este carácter generalizado de los sueños se encuentra, por lo tanto, en gente de los dos extremos de desarrollo: aquellos que aún no han conseguido una vida individual separada de la corriente colectiva de imágenes interiores y aquellos que han asimilado ampliamente sus problemas personales y han labrado su camino a través de un punto de vista mucho más amplio.

En el caso de aquellos individuos que aún no han logrado una vida personal satisfactoria pero que todavía tienen «delirios de grandeza», el

2. Saldrá en el *Collected Works* de C.G. Jung, vol. 5, en una versión revisada de *Contributions to Analytical Psychology* (Nueva York: Pantheon Books, Bollinger Series XX, y Londres: Routledge & Kegan Paul). Traduc. en español: *Los símbolos de la transformación* (Barcelona, Paidós, 1990).

primer objeto del análisis debe ser establecer lo que falta, esto es, una relación personal con el mundo.

No consideraré más esta situación y problema, sino que me centraré en aquellos casos en que se ha construido una vida personal adecuada y aún penetra en sus sueños material colectivo, mientras que al mismo tiempo hay una gran insatisfacción con la vida que han conseguido. En estos casos, el problema individual no puede comprenderse si sólo se contempla desde un ángulo personal. Porque no hay vida humana que sea únicamente personal. Porque ganarse la vida, casarse, tener niños y tomar parte en un grupo social no es suficiente. Más allá de esto, cada hombre y mujer debe adquirir una mayor comprensión de la vida si no quiere verse sofocado en un infantilismo. Como seres civilizados es necesario, como Jung observa, encontrar para nosotros un *Weltanschauung*³ o mundo exterior, lo cual implica una mayor adaptación al mundo, en ambos aspectos exterior e interior, que la necesaria para guiarse en una vida simple o provinciana, donde basta un funcionamiento casi inconsciente e instintivo. Es verdad que mucha gente vive y muere así, apenas más conocedores de los movimientos del espíritu que los animales o campesinos. Pero aquellos individuos en cuyos sueños existe una preponderancia de imágenes colectivas se enfrentan con la necesidad de construirse un mejor *Weltanschauung* e interesarse por estos problemas generales, tanto si aparecen como problemas exteriores, relaciones sociales, económicas o internacionales, o como la necesidad de una filosofía o religión interiores. Si el material del sueño se reduce por el análisis de nuevo a la vida personal y si se interpreta relacionándolo sólo con la satisfacción de la parte personal del instinto, el individuo sufrirá una seria mutilación de su psique.

Por otra parte, si se reconoce que cuando los factores personales dejan de ocupar un lugar predominante el problema se presenta como un ejemplo de un problema humano universal, el individuo puede ser descargado de la esclavitud personal para encontrar una solución en

3. Jung, *Contributions to Analytical Psychology*, trad. por H.G. y C.F. Baynes (Nueva York y Londres, 1928) p. 141 y siguientes, en *Collected Works* vol. 8, en una versión revisada como *On Psychic Energy* (Nueva York: Pantheon Books, Bollinger Series XX, y Londres: Routledge & Kegan Paul). Traduc. en español: *Los símbolos de la transformación* (Barcelona, Paidós, 1990).

líneas más amplias. A través de una comprensión del universal y arquetípico significado de los sueños y fantasías, puede alcanzarse una solución al problema de la vida individual en el aspecto personal y también, con un amplio significado, en su relación con la cultura y civilización modernas. Porque a menos que un individuo juegue adecuadamente su papel en el escenario de este mundo, sólo alcanzará la mitad de su desarrollo. Su tarea en la vida es cumplir con sus obligaciones personales y preocuparse por sus necesidades, y *también* llevar su parte de carga cultural de la humanidad. Esta última tarea significa que debe encontrar su propia relación con aquellas fuerzas impersonales que determinan los movimientos raciales o nacionales, ambos en el campo de los logros externos y el mundo interior donde los principios e ideas filosóficas y religiosas son los objetivos por alcanzar.

Quizás la más importante de estas leyes interiores que necesita hoy una nueva exploración son los principios masculino y femenino. Estos términos no llevan fácilmente al lector corriente hacia la idea definitiva. Por «principio» quiero decir ley interior o esencial, no como las leyes impuestas por una autoridad legal, sino más bien como el término usado en la ciencia cuando hablamos de la ley de la gravedad, las leyes matemáticas o la ley de la evolución. Estas leyes o principios son inherentes a la naturaleza de las cosas y funcionan infalible e inevitablemente.

Incluso en el hombre que se ha rebelado contra los dioses, desafiando las leyes naturales, suceden estas cosas. Pero por su capacidad cuasidivina de transformar la naturaleza, ha perdido en parte de vista estas leyes o principios. Sabe que en el campo físico sólo puede vencer a la naturaleza obedeciendo a sus leyes, pero en su propia persona, en muchos casos, está tan extasiado ante su poder para enfrentarse a la naturaleza que olvida sus leyes. En el mundo occidental esto sucede con respecto a la esencia o principio de lo masculino y lo femenino. Con frecuencia oímos afirmar que no hay diferencia esencial entre hombres y mujeres, excepto biológicamente. Muchas mujeres han aceptado este punto de vista y contribuido mucho a fomentarlo. Han aceptado ser hombres con faldas y así han perdido contacto con su principio femenino interno. Quizás ésta es la causa principal de la infelicidad e inestabilidad emocional de hoy en día. Porque si la mujer está desconectada del principio femenino, que dicta las leyes de conexión, no puede

tomar el mando en lo que es después de todo el dominio de lo femenino, el de las relaciones humanas. Hasta que no realiza esto, tiene pocas esperanzas de orden en este aspecto de la vida.

Muchas mujeres sufren seriamente en sus vidas personales a causa de este descuido del principio femenino. Pueden ser incapaces de tener relaciones satisfactorias o incluso caer en neurosis y enfermedades por causa de su inadecuado desarrollo en esta dirección tan esencial. Por esta razón, la relación de una mujer con el principio femenino en su interior es indudablemente de gran importancia para ella, y no se trata sólo de un problema personal, sino también de uno general, un problema universal de todas las mujeres. Es un problema de las mujeres y, más allá de esto, un problema de la humanidad.

Las páginas siguientes constituyen un intento de aclarar el camino hacia una nueva comprensión de este principio de la mujer. Porque a menos que se comprenda de nuevo, no puede darse un paso adelante ni en el desarrollo psicológico de la mujer misma, ni en la naturaleza de las relaciones posibles entre el hombre y la mujer. Sin embargo, podemos ir más lejos, ya que los hombres también necesitan una relación con el principio femenino no sólo para entender mejor a las mujeres, sino también porque su contacto con el mundo interior o espiritual está gobernado no por leyes masculinas, sino femeninas, como Jung señala en su *Two Essays on Analytical Psychology* y en otros de sus escritos. Por esta razón, actualmente se necesita con urgencia una nueva relación con este principio de la mujer para contrarrestar la parcialidad masculina predominante en la civilización occidental.

A pesar de su importancia, el principio o esencia femenino no puede comprenderse a través de un estudio intelectual o académico. Porque la esencia interior del principio femenino no se someterá ante tal ataque, ya que el significado real de la femineidad elude siempre el interrogatorio directo. Ésta es una de las razones por la que las mujeres resultan tan misteriosas para los hombres, es decir, para el hombre que insiste en intentar comprender a la mujer intelectualmente.

Tomemos, por ejemplo, el caso de un hombre que ha sonsacado con preguntas directas todo lo que ha podido de las razones que conducen a su esposa a una cierta actitud o acción, y encuentra que todavía queda algo intangible a lo que ella se aferra como si tuviese gran importan-

cia. Sin embargo, él no puede adivinar su naturaleza o valor porque ella siempre lo elude. Naturalmente, se siente desconcertado. Cuando este inexplicable *algo* sale en la discusión entre ellos, el hombre casi pierde la paciencia y lo aparta, logrando tener razón por el peso de su personalidad. Pero la mujer «convencida en contra de su voluntad sigue todavía con la misma opinión» porque hay consideraciones, de suma importancia para ella, que han sido completamente descuidadas. Bajo estas circunstancias, el hombre considera que ella está esquiva y le da poca confianza, porque desde su punto de vista la discusión ha terminado de un modo totalmente convincente, mientras ella persiste en actuar como si no estuviese nada convencida.

En tal situación, el hombre no se da cuenta de que los valores descartados forman la verdadera esencia del acceso femenino a la vida, constituyendo una parte del principio femenino o Eros. Porque para él estas cosas no son más que el resultado de caprichos o antojos, naderías impalpables que se tratan mejor con un desprecio tolerante.

Esta mujer no ha sido capaz de expresar sus valores, aun siendo éstos de gran importancia para ella, porque ni ella misma lo entiende. Sólo se da cuenta de que está insatisfecha con el resultado de la discusión. Porque de un modo inconsciente y compulsivo se sostenía por consideraciones desconocidas. Esta situación no es única sino bastante típica. Las mujeres en general se encuentran, cuando discuten con un hombre cualquier problema vital, sujetas por factores que difícilmente pueden explicar. La relación de la mujer con su propio principio femenino es algo que la controla desde lo más profundo de su ser aunque ella permanezca totalmente ignorante de lo que la sujeta. No tiene conocimiento consciente de sí misma y por esta razón es incapaz de explicarse con un hombre, y aunque pudiese poner en palabras sus sentimientos, él no sabría de qué está hablando a menos que también hubiese tenido las experiencias del funcionamiento profundo del ser humano que le permitirían comprenderla.

Intentando entender la naturaleza de estas reacciones ocultas, debemos renunciar a nuestra actitud intelectual superior que sólo las considera como errores o faltas, e intentar admitirlas en sus propios términos. Porque son tan impalpables, que el intelecto y el análisis racional no pueden entenderlas. Incluso las mujeres se encuentran perdidas a la

hora de definir las o explicarlas, porque se hallan casi universalmente separadas del principio por el que están controladas interiormente, aunque ellas mismas lo ignoren.

Cuando nos falla de este modo la perspicacia intelectual, tenemos que volvernos hacia los productos del inconsciente para su ilustración e intentar un estudio de los símbolos y caminos instintivos de actuación que pueda aportar alguna luz a la oscuridad. Porque los factores inconscientes de la psique se sienten primero, no en forma de conceptos, sino que se perciben en el mundo exterior proyectados en la naturaleza inanimada. De modo que cuando el hombre ve cualidades y características en objetos inanimados, éstas no son justamente imaginaciones arbitrarias, sino reflejos de sus propias cualidades inconscientes. Cuando observa los fenómenos naturales de un modo ingenuo, personificándolos como mitos y fábulas populares o en el lenguaje poético del arte, entonces está interpretando la Naturaleza de acuerdo con su *propia* naturaleza. Su inconsciente está proyectado hacia el mundo exterior.

En los casi olvidados mitos populares de un pueblo, encontramos reliquias arcaicas, modos primitivos de pensar que han sido ampliamente desplazados en el mundo occidental y en los tiempos modernos por culturas más desarrolladas que se han impuesto a las antiguas. Pero no por ello se han extinguido ni han perdido su significado, como nos muestra el hecho de que reaparecen, hoy en día, en sueños y fantasías del inconsciente. A través de su estudio, puede aprenderse algo sobre estas leyes no reconocidas que gobiernan en el inconsciente donde nuestro racional y científico modo de pensar moderno es incapaz de penetrar.

Y así, considerando de nuevo el problema de la relación de la mujer con el principio femenino que es su móvil principal, no se ha hecho ningún intento para discutirlo desde un punto de vista puramente intelectual, sino que se presenta del modo en que actualmente lo experimentan las mujeres modernas, como antes hicieron sus primitivas hermanas, menos desarrolladas racionalmente. El material que se toma en consideración y su interpretación psicológica han sido tomados de fuentes antiguas y primitivas así como de los sueños y fantasías de la gente moderna, retratando su sujeto como una parábola o alegoría, no como un hecho establecido racionalmente. De la considera-

ción de este material ampliamente diseminado, emergen ciertas características del principio femenino, junto con las leyes que gobiernan la relación interior de la mujer con el mismo. Por lo general, estos principios y leyes son válidos. Su comprensión resalta claramente la diferencia entre masculino y femenino, una diferencia que seguramente necesita permanecer hoy cuando tantos hombres son afeminados y tantas mujeres viriles.

El símbolo que, por encima de todos, ha permanecido a través de los siglos para representar a la mujer, no en su parecido con el hombre, un aspecto del *Homo sapiens*, sino en su diferencia del hombre, distintivamente femenino en contraste con su masculinidad, es la Luna. En poesía, tanto moderna como clásica, desde tiempos inmemoriales, en los mitos y leyendas, la Luna ha representado la deidad de la mujer, el principio femenino, así como el Sol con sus héroes simbolizaba el principio masculino. Para el hombre primitivo, para el poeta y soñador de hoy, el Sol es masculino y la Luna femenina.

Primero como una influencia de fertilidad y después como una deidad, se ha considerado a través de los tiempos que la Luna tenía una peculiar relación con las mujeres. Es la fuente y origen de su poder para engendrar niños, la diosa que las observa, así como a todo lo que las concierne primariamente. Estas creencias han sido ampliamente divulgadas.

Se encuentran en casi todo el mundo y persisten desde los tiempos más remotos hasta la actualidad. Se hallan entre los indios de América del Norte y del Sur, entre los negros de África, entre las tribus primitivas de Australia y Polinesia, entre los aborígenes de Asia, y entre las gentes sumamente primitivas de Groenlandia. Los campesinos de Europa tienen leyendas similares que también impregnan leyendas populares en todas partes, como la India, China y Mongolia, Arabia y Siria, la antigua Grecia y Roma; los celtas de la Europa nórdica y occidental también incorporan estas creencias sobre la Luna en el mismo centro de su estructura religiosa.

Por lo tanto, parece que un estudio del simbolismo de la Luna puede darnos cierta comprensión de la naturaleza de este *principio femenino* que ha caído en tan desastrosos días de abandono y decadencia en nuestra vida moderna.